

He aquí cómo se expresa en Inglaterra un hombre tan conocido como Huxley: «En parte alguna del mundo había llegado á formarse, en estos tiempos (siglo XII), enciclopedia del saber en los tres órdenes (teología, filosofía y experiencia), como la que puede hallarse en estas obras (de los escolásticos). La filosofía escolástica constituye un monumento prodigioso de paciencia y de genio, en donde el espíritu humano emprendió la construcción de una teoría del universo lógicamente deducida, poniendo á contribución todos los materiales de que entonces podía disponer. Y esta teoría no ha muerto, ni está enterrada como equivocadamente muchos han supuesto. Muy al contrario, existe hoy gran número de estudiosos, de cultura y ciencia más que ordinarias, y con frecuencia de un poder y vigor de inteligencia nada comunes, que buscan en esta teoría la mejor explicación de las cosas, que hasta aquí se haya dado en toda la historia del pensamiento humano. Y lo que es aún más de notar, estos hombres, pensando según las ideas escolásticas, hablan, sin embargo, el lenguaje de la filosofía moderna» (1).

Tres veces ya, en 1892, 1893 y 1896, ha publicado en la *Revue philosophique* M. Picavet, profesor en la Escuela de estudios superiores de París, artículos muy bien documentados sobre el neo-tomismo. He aquí cómo, no obstante sacar

(1) TH. H. HUXLEY, *Select Works*, Animal automatism and other essays, pág. [233] 41. New-York, J.-B. Alden, 1886.

la cuestión de quicio soñando peligros donde no los hay, concluía su artículo último: «Los católicos, unidos por el tomismo, que tienden á completar con una amplia información científica, han llegado á hacerse dueños del pensamiento en Bélgica; se cuenta con ellos en América y en Alemania; y su influencia se agranda cada vez más en Francia, lo mismo que en Holanda y en Suiza. Los hombre de estado de todos los países debieran preocuparse de este movimiento, no sólo por lo que toca á los asuntos interiores, sino también por lo que se refiere á la política extranjera» (1). Pueden dormir tranquilos los hombres de estado; que el neo-tomismo nada tiene que ver con las tendencias y aspiraciones políticas. No tiene más ambición que la de aproximar y atraer á todos aquéllos que, partiendo de los datos de la experiencia y de las informaciones de la historia, tratan de construir, según la frase de Huxley, con la ayuda de estos materiales, una teoría lógicamente deducida, y verdadera del universo.

El neo-tomismo no busca vivir en el aislamiento respecto de las otras teorías filosóficas, sino que trata de relacionarse con el pensamiento de Platón, de Descartes, de Leibniz, de Kant, de Fichte, de Hegel, de Wundt, tan plenamente quizá, y á buen seguro con tanta sinceridad como aquéllos que nos colocan en un partido opuesto al suyo; si nosotros diferimos de

(1) *Revue philosophique*, XLI, 1896. *Le Néo-Tomisme et la Scolastique*, páginas 77-78.



estos filósofos, no es porque fallemos sobre ningún genio sin tener en cuenta más que su época; nuestro criterio es muy distinto, y estimamos que una doctrina cualquiera, así sea de la Edad Media ó la obra de un santo, nunca tendrá para ser apreciada más que una norma, y esta norma es su valor.

¿Acaso no nos advierte el Jefe del catolicismo en su Encíclica, «que es preciso acoger con agrado y reconocimiento todo pensamiento sabio, cualquiera que sea el punto de donde viniera?» (1). Y el mismo gran Pontífice añade, que debe aceptarse con los mismos sentimientos de leal gratitud «todo descubrimiento útil». Así que, muy mal conocen el programa de la filosofía tomista todos aquellos que tratan de oponerla á «la filosofía científica»; como si la observación en todas sus formas no fuese el punto de partida de la filosofía escolástica.

Pernítasenos, á este propósito, reproducir aquí el pensamiento con que inauguramos, en Octubre de 1893 (2), el curso del Instituto supe-

(1) Nos referimos aquí á la frase de M. Picavet, en donde echa en cara á los neo-tomistas—es de advertir que la acusación sólo es aplicable á algún que otro caso—, de enriquecer algunas veces á su filósofo, y de atribuirle como si fuera suyo, lo que él ha tomado de otros. (Véase la *Revue philosophique*, tomo XXXV, pág. 419.) Entre los estudios que es necesario hacer sobre la historia de las escuelas de la Edad Media, sería uno de los más importantes, en efecto, el trabajo de clasificación ó de atribución respectiva, en donde se asignara á cada maestro la parte exacta que le corresponde de la doctrina general. Esta empresa esperamos que al fin se llevará á cabo, pero habrá de ser la obra de muchas generaciones.

(2) *La création d'une école supérieure de philosophie*, pág. 9. (Tomado de la *Science catholique*, 1893.)

rior de Filosofía, fundado en la Universidad de Lovaina bajo los auspicios de León XIII.

La filosofía, decíamos allí, es por definición el conocimiento de la universalidad de las cosas por sus causas supremas. ¿Y no es, según esto, evidente, que antes de llegar á las causas supremas debe pasarse por otras más próximas, cuyo estudio compete á las ciencias particulares?

Aristóteles fué un sabio, como quizá no haya habido otro semejante; Alberto el Grande, el maestro de Santo Tomás de Aquino, nos ha dejado en importantes y numerosas obras el fruto de sus pacientes observaciones (1); los doctores de los siglos XII, XIII y XIV conocían las matemáticas y las ciencias de sus tiempos: ¿no deben, en este caso, todos aquéllos que se glorian de tomarlos por maestros, permanecer fieles á la tradición científica que les ha sido legada?

El campo de las ciencias se ha agrandado en proporciones extraordinarias, de lo cual ha resultado la división y multiplicación de las mismas. A la observación, que ve á los efectos salir

(1) En el mismo artículo de la *Revue philosophique*, donde trata de oponer la filosofía «científica» á la escolástica, aprecia M. Picavet en numerosos pasajes el método experimental empleado por los escolásticos. Citemos, entre otros, los siguientes: «En el siglo XIII, Aristóteles, dice, domina por Avicenna. Todos los pensadores guiados por él, llegan á la psicología empírica; todos tienden hacia una psicología genética.»—«Alberto el Grande procede de Aristóteles y de Avicenna; aumenta el número de los hechos, los presenta más claramente y en un orden más didáctico; con él, la psicología llega á ser una ciencia natural.»—«La Edad Media ha practicado la experimentación, aun suponiendo que no haya conocido el método experimental.» *Revue philosophique*, tomo XXXV, 1893, páginas 418-419.



de sus causas inmediatas, la ciencia moderna ha añadido la experiencia, que reproduce las condiciones de ejercicio de las fuerzas naturales para obligarlas á manifestar sus efectos. La filosofía neo-tomista está destinada, lo mismo por tradición que por su propia naturaleza, á sacar partido de las ciencias utilizando sus resultados.

Es muy cierto que los progresos de la filosofía no siempre están en razón directa de la cantidad de materiales acumulados por las ciencias experimentales; la sagacidad y el genio valen aquí más que el amontonamiento desordenado de hechos y detalles; y uno que sepa interrogar y comprender la naturaleza, quizá saque más partido de una observación vulgar que otros, faltos de estas cualidades, de continuos y multiplicados análisis. Pero siempre será verdad, que el estudio incesante de los hechos constituirá la condición ordinaria del progreso del pensamiento.

Á fin de corroborar la teoría con la práctica, determinó el episcopado belga establecer en el nuevo Instituto de Lovaina un curso, con su correspondiente laboratorio de psico-fisiología, en una época en que, según el *Année psychologique* de Beaunis y Binet, no existía todavía semejante enseñanza en ningún centro de Francia (1).

(1) Hablando de la lección de *Introducción á la psico-fisiología*, publicada en la *Revue Néo-Scolastique* (Abril, 1895), por M. Thiéry, decía el *Année psychologique* (pág. 847): «Á este curso (de psicología

¿Qué razón hay para que, no obstante nuestras leales y sinceras protestas, confirmadas con los hechos, de buscar en la experiencia la condición de la filosofía, se nos presente como hombres de ideas preconcebidas, cuyo tiempo, se dice, ya pasó, y esto en nombre de la ciencia experimental? En este mismo *Année psychologique*, que acabamos de citar, M. Binet había acogido una invitación de M. Picavet á la «tolerancia recíproca entre católicos y adversarios, que traería, dice, gran provecho para la ciencia y para la religión, á la civilización y á la filosofía». Pero era necesario ceder á una tendencia *preconcebida*, añadiendo: «Nosotros debemos oponer á este pensamiento tan sensato que, colocándonos, para juzgar el movimiento nuevo, en el punto de vista especial y restringido de la psicología experimental, no podemos dar nuestra aprobación á una tendencia que busca en la observación y en la experiencia la confirmación de una idea preconcebida, sobre todo, de una idea vieja ya de muchos siglos. Estamos acostumbrados, por el contrario, á tomar la observación como punto de partida, como origen de los estudios, como fuente de la verdad y maestra soberana de la ciencia» (1). Por nuestra parte, acogemos con simpatía el ofrecimiento de tolerancia recíproca de los dos escritores fran-

fisiológica del Instituto de Lovaina va anejo un laboratorio, lo cual constituye una enseñanza completa de psico-fisiología normal, lo que al presente no existe todavía en Francia.»

(1) *Année psychologique*, 1896, pág. 840.



ceses, á pesar de los prejuicios con que va acompañada.

Pero, ¿y qué se entiende por «idea preconcebida»? ¿Estará prohibido al sabio tener una filosofía? Y los que no profesan esta filosofía, ¿tendrán derecho á calificarla de «ideas preconcebidas», porque ellos no acepten ninguna? A este paso, únicamente el escéptico estaría libre de sospecha, y él sólo trabajaría por el fin puro de la ciencia.

Cuando se acepta ó rechaza el sistema de Aristóteles ó de Santo Tomás, lo mismo que cuando se está por ó contra las ideas de Augusto Comte ó de Kant, no quiere esto decir que se considere tal ó cual de estas filosofías, tomada en su conjunto, como la expresión más completa del saber verdadero; nó significa que se la tenga por un monumento acabado, ante el cual no le queda al espíritu más que hacer, sino permanecer extasiado en una contemplación estéril; esto no quiere decir tampoco que se la juzgue irreformable.

No hay un filósofo católico que no esté dispuesto á sacrificar «una idea vieja de muchos siglos», desde el momento en que encontrara hallarse en oposición manifiesta con un hecho observado. Porque también nosotros «estamos acostumbrados á tomar la observación como punto de partida, como base de las explicaciones, como fuente de la verdad y maestra soberana de la ciencia».

La consecuencia práctica de estos prejuicios,

y á fin de hacer ver cómo son infundados, es que los católicos debemos, con más razón ahora que nunca, estudiar asiduamente la ciencia y cultivarla en nuestras escuelas filosóficas. En el terreno de la psicología es muy cierto, que la filosofía aristotélica se presta mejor que ninguna otra á la interpretación de los hechos, que forman el objeto de la psicología experimental. Recuérdese, á este propósito, la conclusión de los *Principios de psicología fisiológica* del fundador del laboratorio de Leipzig. Los resultados de mis trabajos no se avienen ni con la hipótesis materialista ni con el dualismo platónico ó cartesiano; únicamente el animismo aristotélico, que relacionó la psicología con la biología, es el que se deduce, como conclusión metafísica plausible, de la psicología experimental.

Y en efecto, si los materialistas estuvieran en lo cierto, si el alma, como ellos pretenden, no es más que un mecanico dinámico ó fisiológico, se seguiría como consecuencia que la psicología fisiológica no es ya una ciencia aparte, sino un capítulo de la mecánica ó de la fisiología. Por el contrario, si el alma es tal que toda su naturaleza se reduce al pensamiento (conciencia), si subsiste independiente del cuerpo viviente, siendo observable directa y exclusivamente por la conciencia, es evidente que en tales condiciones ni siquiera se concibe un laboratorio de psicología experimental; porque éste supondría la pretensión de experimentar el alma y de someterla á aparatos de medida, de peso, de fuerza, etc.;



en otras palabras: todo esto presupondría, en el mismo hecho, la naturaleza material del alma (1).

Pero, si con Aristóteles y todos los maestros de la Escolástica se admite que el hombre es una substancia compuesta de materia y de un alma inmaterial; que las funciones superiores tienen respecto de las inferiores una relación de dependencia real; que no se da en el hombre un solo proceso interior que no tenga su correlativo físico; que no hay idea sin imagen, ni acto de la voluntad sin emoción sensible: resulta entonces que el fenómeno concreto que se ofrece á la conciencia presenta el carácter de un *complexus* psicológico y fisiológico á la vez; siendo accesible, por tanto, á la observación de la conciencia por una parte, y por otra á la observación biológica y fisiológica; en una palabra: la razón de ser de una ciencia psico-fisiológica está aquí bien indicada.

Y tan indicada, que, en la filosofía aristotélica, la psicología y la fisiología no formaban dos ciencias distintas, cuanto menos dos ciencias opuestas, sino una ciencia única. Así lo hace notar juiciosamente el Dr. Hermann Siebeck, el historiador de la Psicología. Aristóteles—dice—ha sido el primero en comprender profundamente que era necesario, para explicar los actos espirituales del hombre, dar cuenta de su relación

(1) A. THIÉRY, *Revue Néo-Scholastique*, Abril, 1895, p. 182.

genética con las funciones del organismo (1). Y M. Boutroux, en un notable artículo de la *Grande Encyclopédie*, dice, con justísima razón: «Aristóteles es un genio á la vez universal y creador... No se eleva en alas del entusiasmo, como Platón; vuelto su espíritu á la realidad, reputa quimérico cuanto no se relacione con la experiencia; pero no es empírico, sino que en lo sensible busca siempre lo inteligible... Hay más todavía: para Aristóteles, las distintas ramas del saber guardan entre sí relaciones concretas, que determina con claridad precisa. En general, lo superior debe conocerse por lo inferior, y con la ayuda del conocimiento de lo inferior; pero, al mismo tiempo, en lo superior es donde ha de buscarse la razón de ser y la causa verdadera de lo inferior» (2).

La antropología aristotélica y tomista responde, pues, admirablemente á las necesidades y á las tendencias de la psicología contemporánea; semejante conclusión resulta espontáneamente de cada uno de los tres caracteres que hemos reconocido en esta psicología, ya por la semejanza, ya por su contraste con las enseñanzas de Aristóteles y de la Escuela. Los psicólogos que siguen inspirándose en el dualismo cartesiano asignan como objeto exclusivo á los estudios psicológicos los hechos internos, obser-

(1) HERMANN SIEBECK, *Geschichte der Psychologie*, 1 Th., 2. Abth. S. 126.

(2) BOUTROUX, *Grande Encyclopédie*, en la palabra *Aristote*, t. III, pp. 394-396.